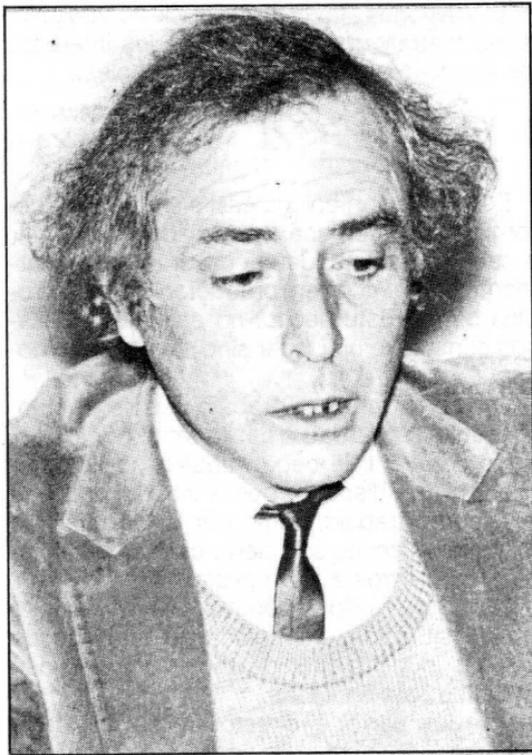


Técnica y estética en la escenificación

(Retrato de Cyrano, el artista dependiente)



Por Jaime Melendres

Voy a omitir aquí, por obvias razones de tiempo y de pudor, los buceos en la memoria y en los libros a que me ha obligado la redacción de esta ponencia. Enunciaré tan sólo el resultado de mi reflexión: el director de escena es, con el escritor, el único artista no artesano, el único artista que no trabaja con materiales. En otras palabras: su única técnica es su estética. Esta es su fuerza y su legitimidad, su grandeza y su debilidad.

Veamos, para comprobarlo, cuáles son las técnicas específicas del director de escena: qué debe saber hacer. Recurriré a la autoridad de quien más ha defendido la figura del director de escena, el que le ha otorgado el derecho a prescindir, incluso, de las acotaciones del autor: Gordon Craig, el hombre que en 1905 afirmó que «el Renacimiento del teatro tuvo como punto de partida el Renacimiento del director de escena». En su texto fundamental «Sobre el arte del teatro», Craig se pregunta en qué consiste el oficio del di-

rector de escena y pone en boca de sí mismo esta respuesta: «Consiste (...) en interpretar la obra del dramaturgo; y para ello, promete, al recibirla de manos del autor, interpretarla fielmente según el texto (...). Entonces la lee y, después de la primera lectura, el color, la tonalidad, el movimiento y el ritmo que caracterizan a la obra surgen nítidamente en su imaginación».

Este es el oficio del director de escena, según Craig. Comprender y, luego, traducir, es decir, traspasar una iluminación de orden intelectual al reino de los cuerpos. Craig no nos dice que el director de escena deba saber hacer nada en concreto: ni escribir, ni actuar, ni iluminar, ni dibujar, ni buscar subvenciones. El director es alguien que comprende y que imagina, y que da órdenes. Es el más trágico de los artistas: aquél que recibe el impulso desde el exterior (el texto de un dramaturgo) y que es incapaz de expresar por sí mismo la emoción (el odio y el amor, la fascinación y la repulsión) que ha nacido en él durante y después de la lectura. Lee palabras y sueña imágenes que no puede realizar, cosificar directamente. Su único problema es hablar con quienes van a hacer ficción la realidad de sus sueños. Su único saber es saber sobre el saber de los demás, para que los demás comprendan su mundo desde sus mundos respectivos. Debe poder hablar con quienes actúan, con quienes iluminan, con quienes dibu-

jan y con quienes tratan de dinero a fin de modificar la materia que va a modificar realmente la materia. Pero nunca puede comunicarse directamente con el receptor, porque su discurso es indecible. Es un discurso hecho de palabras que, en sí mismas, nunca serán del orden de lo artístico, que están destinadas a desaparecer. Alguien (el actor, el escenógrafo, el compositor, el maquillador) deberá convertirlas en otra cosa. No son, en sí mismas, arte. El problema, el único problema del director es utilizarlas adecuadamente. Si hay alguna técnica específica del director de escena esa técnica es verbal.

Su objetivo es hacer que los demás creen en público imágenes que él mismo ha soñado en secreto y que, por lo general, hablan de la experiencia humana —la experiencia de odiar y de morir a través de actos amorosos—. Quiere que el escenario transmita al espectador una vivencia ajena a partir de su propia experiencia vital y de las de sus colaboradores. El director de escena necesita de los demás de forma imperiosa: es un artista sin ninguna autonomía expresiva, no puede comunicarse directamente con el público, es siempre un Cyrano que trabaja en la sombra, que susurra palabra al oído de alguien que las dice. Peor que un Cyrano todavía, porque el mos-

quetero de Rostand tenía, al menos, la certeza de que Cristian de Neuville reproduciría con una cierta fidelidad sus imágenes, aunque el tono de la voz no fuera exactamente el mismo, aunque la fuerza del deseo no fuese comparable. El director de escena jamás tiene esa seguridad. Sus palabras tiene forma de órdenes —de didascalias, exactamente—, pero no lo son realmente: son simples sugerencias, expresiones aproximadas de algo inefable por naturaleza. Incluso cuando le dice a un actor «y ahora siéntate», el director de escena sabe que está diciendo algo muy ambiguo. Dios mío, hay tantas maneras de sentarse. El actor se sienta, y el director de escena se levanta. «No, así no», dice. «¿Cómo?», pregunta el actor. «Como si», responde el director. «¿Cómo si qué?», pregunta el actor. «Como si acabases de asesinar a alguien», responde el director. Como si...

Esa es la única herramienta del director de escena, el *como si*. Es decir, la metáfora. Sólo la palabra metafórica transmite lo inefable. Cuando, por ejemplo, decimos «la besé», estamos describiendo un acto, y sólo un acto, sin ninguna significación especial. Pero cuando decimos «besé sus labios de rubí», estamos diciendo algo más: que «sus labios eran como si fuesen de rubí». Nadie sabe cómo

eran realmente los labios de la chica, pero todos sabemos cómo es el rubí —o creemos saberlo—. No hemos descrito esos labios, pero si la emoción que nos provocaron su visión y su contacto. «Bésala» —dice siempre el director— «como si sus labios fuesen de rubí».

De rubí o de plomo, no importa. La metáfora es una forma retórica —artística— que halla su sentido en una referencia a la realidad. Cada director de escena habla de una determinada realidad, pretende magnificarla o impugnarla, pero al decir cómo son sus labios nos dice cómo la sueña expresada por otros. Un director de escena es, simplemente, un sistema coherente de metáforas que transmite órdenes al artista artesano, a alguien que debe colocar la voz, falsear la perspectiva, diseñar los figurines de la ficción contemporánea. El «sistema» Stanislavsky no es un compendio de ejercicios, sino un aglomerado coherente de metáforas: como si fueses tú. El «sistema» brechtiano es otro sistema de metáforas: como si fueses otro. Los directores sólo decimos como sí. Como si fuese de noche, como si tuvieses sed. Los directores son constructores de imágenes metafóricas que sólo dependen de su ideología. Constructores de estética a través de la estética de la metáfora.